

¿Listas para el baile?

Natalia estaba nerviosa. Era la primera vez que iba a asistir a una fiesta bailable. Podría decirse que era como su estreno en sociedad. Pero no. Estas fiestas eran frecuentes en la capital, a donde ella, a sus 13 años, acababa de llegar desde una ciudad del norte de Chile donde todo era muy distinto.

Era costumbre en la capital el que los jóvenes se reunieran los fines de semana a bailar en alguna casa de uno de los compañeros o compañeras del colegio o del barrio. No era nada especial. Todo muy relajado y normal.

Pero para Natalia era toda una experiencia y se sentía muy tensa y preocupada. Y no es que no le gustara bailar. Siempre había soñado con ser bailarina. No era tímida, era sociable y muy querida entre sus compañeras y amigas.

Había muchas celebraciones en el pueblo en el que residió junto a sus padres y hermanos desde su nacimiento. Pero nunca había ido a una fiesta de adolescentes en la que se bailara.

Esta invitación que le había hecho su prima, de asistir a una fiesta de cumpleaños de un amigo, era una oportunidad de conocer gente y de introducirse en la nueva vida que estaba iniciando en Santiago. Uno de sus hermanos iniciaba sus estudios universitarios y ella aún debía cursar algunos años en un liceo de niñas, un establecimiento en el que debería empezar a

conocer un mundo nuevo. Nuevas compañeras, nuevas profesoras, nuevas experiencias. Todos estos cambios la preocupaban y la perspectiva de esta fiesta no la hacía sentir mejor. Por el contrario.

Natalia no estaba de acuerdo en haber dejado su pueblo, en el que se sentía protegida y querida. Su colegio de toda la vida, sus amigas de toda la vida, sus profesoras de toda la vida. Pero sus padres habían tomado la decisión de emigrar a la capital para darles mejores oportunidades a sus hijos.

La familia de Natalia era una familia tradicional, de padres inmigrantes, con valores centrados en el estudio y el trabajo. En el único liceo de la ciudad, al que ella asistió desde que tenía tres años, fue una alumna destacada, responsable, donde con sus amigas disfrutaban de los juegos de la época: el lucbe, la payaya, las muñecas.

Natalia no estaba feliz del cambio de vida que estaba por iniciar. Tenía todo lo que necesitaba para ser feliz en su pueblo y no entendía por qué debían trasladarse a una ciudad bulliciosa, donde debían transportarse en buses para llegar a cualquier lugar, y donde no conocían casi a nadie.

Ella no quería ir a esa fiesta. No entendía por qué en un cumpleaños en vez de jugar, se iba a bailar. Se juntaban niños y niñas de su edad para bailar. Ella no estaba interesada, pero la presión para que asistiera de parte de su prima, pudo más y finalmente accedió.

Los preparativos para asistir a la fiesta no gustaron a Natalia. Su prima la asesoró en su vestimenta: no podía usar calcetines, ya que eso sólo lo usaban las niñas más pequeñas. Y esta era una fiesta para adolescentes mayores. Pero Natalia era lo que acostumbraba a usar. Siguió las instrucciones y se puso

medias nylon, las que no sólo la incomodaban, sino que la hacían sentir ridícula. Natalia tenía 13 años, pero aparentaba menos. Era y se sentía una niña. Tan niña era, que recién puestas las medias, decidió ir a la casa de sus primas a mostrárselas, para lo cual saltó un muro que separaba las dos casas, se cayó y no sólo se rompieron las medias, sino que quedó con sus piernas magulladas.

Al llegar a la fiesta, el ambiente era de jolgorio: rostros alegres, muchas risas y un grupo bailando al compás de la música. Pero lo que más llamó la atención de Natalia fue que las niñas que no se encontraban en la pista de baile, estaban sentadas en un círculo alrededor del salón, mientras los niños conversaban, caminaban libremente, se reían, observando a estas niñas sentadas, muy arregladas, peinadas y perfumadas, tratando de llamar la atención de algún varón para que las “sacara a bailar”.

A Natalia le costó entender de qué se trataba todo esto.

No conocía a nadie, con excepción de la prima con la que había ido, la cual saludó a algunos de los presentes, sin mostrar interés en introducirla a sus amigos y amigas. Pero finalmente ella y su prima se sentaron en los asientos disponibles en el círculo, en espera de que algún varón se interesara en alguna de ellas.

Natalia era una niña inteligente, intuitiva y observadora. No le costó mucho darse cuenta del modus operandi de esta fiesta. Sintió que los varones eran los dueños del entorno. Ellos eran libres de hacer lo que quisieran y podían elegir a quien ellos consideraran digna de ser seleccionada para bailar con uno de ellos. Tantos eran los grados de libertad de los varones, que incluso algunos no mostraban interés en el baile y al encontrar un balón de fútbol se iban al patio

de la casa o a la calle a jugar. Las mujeres, en cambio, permanecían sentadas, observando a quienes bailaban o conversando con quien se encontraba a su lado en el círculo.

Natalia estaba tensa, pero a pesar de no conocer a nadie, tuvo la suerte de ser elegida por uno de los presentes, quien se interesó en ella, tal vez por la novedad de ver a alguien distinto en ese grupo, ya que Natalia aún se veía como una niña y obviamente las más desarrolladas y llamativas eran las primeras en ser premiadas y “sacadas a bailar”. Las menos agraciadas podían estar durante toda la fiesta en sus asientos con la esperanza de que alguien las eligiera. En esta ocasión algunas nunca fueron elegidas, lo que llevó a Natalia a reflexionar en lo injusto de la situación. ¿Por qué las mujeres no podían ser tan libres como los hombres en una simple fiesta juvenil? ¿Quién había determinado estas reglas del juego? Se preguntó por qué las niñas tenían que estar sentadas mientras los hombres disfrutaban su vida y podían elegir cómo, cuándo y con quién entretenerse.

Pasaron los años y Natalia creció, maduró y aceptó las costumbres y reglas de la sociedad. Se acomodó. Se dedicaba principalmente a estudiar porque quería ser una profesional exitosa. Podría decirse que hasta olvidó esa experiencia de su niñez. Terminó sus estudios secundarios con excelentes notas y un buen puntaje que le permitió entrar a una de las universidades de mayor prestigio a estudiar la carrera de sus sueños: Leyes. Todo esto, a pesar de que en esos años se esperaba que las mujeres se casaran y formaran una familia. Lo que le significó presiones y críticas de parte de familiares y amigos.

Natalia llegó muy nerviosa a su primer día de clases. Era una nueva experiencia que le recordó su llegada a la capital. Pero ahora era una mujer, de

las pocas que había en la sala de clases y se sentía feliz. Le gustó la escuela, el ambiente, todo. Pero algo ocurrió que le movió el piso y la hizo recordar el círculo con las mujeres sentadas esperando a ser elegidas para el baile mientras los hombres reían y disfrutaban la vida.

Un profesor entró a la sala, saludó y observó detenidamente a los alumnos y alumnas presentes. A continuación, empezó a contar a las mujeres y preguntó qué hacían ellas en esa escuela.

-Ustedes sólo vienen a quitarles el espacio a los hombres y a buscar un marido.

-Después se van y si terminan la carrera, no trabajan. Sólo se dedican a tener hijos. Es una pérdida para el país.

El comentario hizo recordar a Natalia el círculo y cómo algunas mujeres nunca pudieron bailar porque no fueron elegidas. Ahora era algo distinto. Se trataba de mujeres que se habían esforzado y habían sido seleccionadas gracias al sistema de puntajes que no distinguía entre hombres y mujeres. Sintió que, si bien ahora les estaba permitido salir del círculo, una vez afuera, debían demostrar que podían realmente hacerlo bien.

Natalia decidió que eso es lo que iba a hacer. Ya había salido del círculo. Era parte de un grupo privilegiado. Ahora tenía la oportunidad de estudiar una carrera, y lo haría bien. Debía esforzarse por ser la mejor. Iba a trabajar para influir y promover cambios, para que nunca más las mujeres tuvieran que esperar sentadas en un círculo a que otros tomaran decisiones por ellas.

Tal como el profesor había predicho, Natalia sí encontró un marido en esa escuela. Se casó con un compañero de curso con el que formaron una sociedad de abogados que llegó a tener mucho prestigio nacional e internacional por su

dedicación a temas relacionados con derechos de las mujeres, especialmente de las más vulnerables.

Tuvieron tres hijas y dos hijos. Las hijas nacieron ya fuera del círculo y pudieron disfrutar del baile desde el primer día.